



# PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 30 DE ENERO DE 1882.

NÚM. 4.

## SUMARIO.

1. Vestido para niñas de 6 años.—  
2. Traje de *soirée*.—3. Traje de visita con corpiño Luis XV.—4 y 5. Taburete bordado.—6 á 8. Cabecera.—  
9. Cabecera.—10. Adorno de pasamanería.—11. Delantal para niños pequeños.—12. Vestido de debajo para niños y niñas.—13 y 14. Traje de calle.—  
15. Sombrero de visita ó teatro.—16. Sombrero de calle.—  
17 y 18. Traje para señoritas.—  
19. Pelliza corta.—20. Traje de luto.—21 y 22. Dos lazos de corbata.—23. Sombrero calésin.—24. Sombrero capota.—  
25. Sombrero forma María Luisa.—26. Sombrero para señora de edad.—27 y 28. Corpiño de *soirée*.—29 y 30. Traje de cachemir y moaré.—31 y 32. Traje negro para teatro y *soirée*.

Explicación de los grabados.—  
Dos palabras sobre las mujeres que matan, por D. F. S. de Mena.—La Vida real: Apuntes para un libro (continuación), por D.ª María del Pilar Sinués.—Juegos de prendas, por D. Eduardo de Palacio.—Las Dos ruedas, por D. E. de Lusion.—Una Lección de mundo (continuación), por Doña Consuelo de Aragón.—Revista de modas, por V. de Castelfido.—Lucha eterna, poesía, por D. José Jackson Veyan.—Explicación del figurin iluminado.—Pequeña gaceta parisiense.—Suelto.—Geriográfico.

### Vestido para niñas de 6 años. Núm. 1.

Para la explicación y patrones, véase el número V, figs. 23 á 25 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

### Traje de *soirée*.—Núm. 2.

Este traje es de brocado y raso. Delantal de brocado, fondo claro, con florecillas de colores varios. En el borde inferior, guarnición rizada. Corpiño con *paniers* y cola de raso maravilloso color de oro antiguo ó granate claro. Un tableado guarnece la cola cuadrada. El escote del corpiño va rodeado de una guarnición adornada de blonda blanca.

### Traje de visita con corpiño Luis XV. Núm. 3.

Para la explicación y patrones de este traje, véase el núm. IV, figuras 19 á 22 de la *Hoja-Suplemento*.

### Taburete bordado. Núms. 4 y 5.

La fig. 57 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 3 corresponde á este objeto.

La parte de encima del taburete va hecha de felpa encarnada. El borde superior del contorno va cubierto de felpa color aceituna, y en el borde inferior se extiende raso de lana. Para la parte de



1.—Vestido para niñas de 6 años. (Explic. y pat., núm. V, figs. 23 á 25 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.)

2.—Traje de *soirée*.

3.—Traje de visita con corpiño Luis XV. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 19 á 22 de la *Hoja-Suplemento*.)



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

encima del taburete se ejecuta un bordado con arreglo á la figura 57. Se pasan los contornos de esta figura sobre ocho pedazos de *tusor* crudo, que tengan el tamaño requerido por el taburete, y se las borda, segun las indicaciones del dibujo 5, al punto de feston, con torzal de seda del mismo color. Entre los festones se fija seda torzal y se recorta la tela por fuera de los contornos. Se ponen los



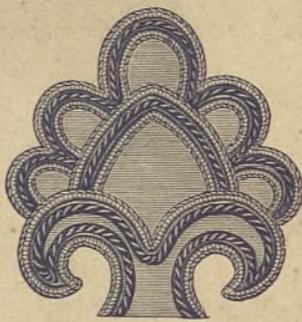
las hojas, los tallos y el cáliz de los capullos, seda aceituna y seda maron de varios matices. Las venas de las hojas van marcadas con puntos atras, hechos con seda de color más oscuro. Las florecillas son de color de fosa ó blancas. Las hojas y los tallos van bordados con seda color aceituna. El contorno de la cabecera va adornado de encaje.

Otra cabecera. Núm. 9.  
La fig. 27 de la Hoja Suplemento á nuestro núm. 3 corresponde á este objeto.  
Esta cabecera se compone de

pedazos bordados sobre el fondo de felpa; se extienden unos cordones gruesos de lana entre los triángulos bordados, y se fija en el centro una bola gruesa de lana. El contorno del asiento va adornado de un fleco de lana aceituna, lana encarnada y torzal de oro. La parte del taburete cubierta de felpa va adornada de cordones gruesos extendidos, hechos de seda encarnada y lana aceituna. Un cordon igual cubre la costura de esta especie de red. Un fleco de lana y seda tapa la parte del taburete cubierta de raso de lana.

Cabecera. — Núms. 6 á 8.

Esta cabecera, para silla ó butaca, se compone de un pedazo de raso azul de 28 centímetros de ancho por 60 de largo, sobre el cual se pespuntea, á 7 centímetros de



5.—Bordado del taburete. (Véase el dibujo 4.)

8.—Ramo de la cabecera. (Véase el dibujo 6.)



4.—Taburete bordado (Véase el dibujo 5.)

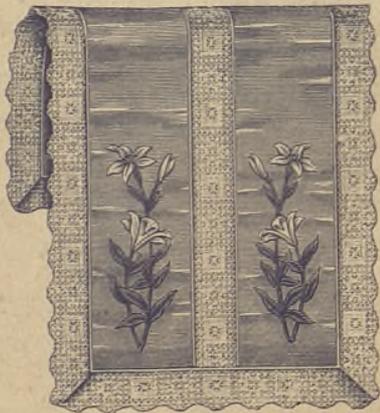


7.—Florecillas de la cabecera. (Véase el dibujo 6.)

un pedazo de raso color de mar antiguo, de 60 centímetros de largo por 27 centímetros de ancho, en medio del cual se pone un entredos de malla guipur, de 6 centímetros de ancho. Bajo el entredos se recorta la tela. Las tiras de raso van adornadas de un bordado cuyo dibujo se halla representado en la fig. 27. Después de haber pasado á la tela los contornos de esta figura, se ejecutan al pasado y punto atras las flores con seda blanca, y las hojas y los tallos con seda aceituna de varios colores. Cuando el bordado está concluido, se rodea la cabecera con un encaje hecho de malla guipur.

Adorno de pasamanería. Núm. 10.

Este adorno, de pasamanería de seda negra bordada



9.—Cabecera.

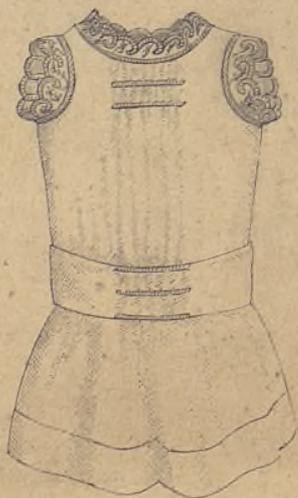


10.—Adorno de pasamanería.



6.—Cabecera. (Véanse los dibujos 7 y 8.)

distancia de los bordes transversales, un entredos de imitación de malla guipur. Por debajo del entredos se recorta la tela. Se adorna luego el raso con un bordado, que se ejecuta al pasado y punto atras con seda. Los dibujos 7 y 8 representan, uno, las florecillas, y el otro, el ramo bordado de la cabecera. Para las flores y los capullos del ramo se toma seda blanca, gris, plata y rosa. Para



11.—Delantal para niños pequeños.



12.—Vestido de debajo para niños y niñas.

de cuentas de azabache, es á propósito para abrigo y vestidos.

Delantal para niños pequeños. Núm. 11.

Este delantal va fruncido, escotado y con mangas cortas, guardadas de bordados. El talle es largo. Cinturón anudado por detrás con un lazo grande.

Vestido de debajo para niños y niñas. Núm. 12.

Este vestido es de percal, y va adornado de plie-

güecitos y bordado. Con estos vestidos-enaguas se evita el inconveniente de las enaguas ordinarias, que sobresalen á menudo del vestido.

**Traje de calle. — Núms. 13 y 14.**

Es de paño de la India, felpa de surcos y raso. Falda

cido. Por detras va puesto un lazo grande de raso. En el cuello, lazo grande de raso más estrecho. Este modelo puede ejecutarse tambien de lana ó de moaré.

**Traje de luto. — Núm. 20.**

Vestido corto de cachemir de la India. Puede hacerse.



13.—Traje de calle. Delantero.



15.—Sombrero de visitas ó teatro.



14.—Traje de calle. Espalda.



16.—Sombrero de calle.

redonda de raso fruncido, ballenado y plegado. Sobrefalda de felpa de surcos. Corpiño con aldetas de paño, guarnecido de felpas en las aldetas, las solapas y las mangas. Por detras la falda es de paño, y las aldetas del corpiño forman faldones de frac con pliegues huecos.

**Sombrero de visita ó teatro. Núm. 15.**

El fondo se compone de torzales de plata, y los adornos, de rosas muy finas, con un penacho ligero.

**Sombrero de calle. Núm. 16.**

Es de felpa, y va guarnecido de plumas y hojas muy finas de felpilla bordada de cuentas brillantes. Bridas de felpa.

**Traje para señoritas. Núms. 17 y 18.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figs. 3 y 5 á 9 de la Hoja-Suplemento al presente número.

**Polliza corta. Núm. 19.**

Esta elegante confeccion es de raso negro, va fruncida en el cuello y guarnecida de una tira ancha de plumas. La manga lleva ademas una guarnicion de raso frun-



17 y 18. Traje para señoritas. Espalda y delantero. — (Explic. y pat., núm. II, figs. 3 y 5 á 9 de la Hoja-Suplemento al presente número.)

tambien de vigoña, crespon, armure, etc. Los adornos son de crespon inglés.

**Dos lazos de corbata. Núms. 21 y 22.**

Núm. 21. Se dispone sobre un fondo de tul fuerte una tira de surah azul pálido, de 7 centímetros de ancho, guarnecida de encaje en un lado y cosida de modo que forme una coca, y fijado, como indica el dibujo, en una tira que tapa la costura, la coca, y en el pedazo fruncido se cosen unos pedazos de cinta, con los cuales se forma un lazo.

Núm. 22. Este lazo se compone de un pedazo de surah, de 12 centímetros de alto por 30 de ancho, guarnecido de encaje en su borde inferior, y de otra tira de surah, de 11 centímetros por 35, tambien adornada de encaje, las cuales se fijan sobre un fondo de tul fuerte y se disponen como indica el dibujo.



19.—Pelliza corta.



23.—Sombrero calesín.



25.—Sombrero forma María Luisa.



21.—Lazo de corbata.

seda, fijada con botones. Lazo grande de moaré, sin caídas. Corpiño paletó de cachemir, ribeteado de un pespunte, con lazos de moaré, fijados con los botones.

Traje negro para teatro y soirée. Nums. 31 y 32.

Falda compuesta de volantes de raso plegados, sobre la cual van echadas al sesgo dos bandas de encaje negro. Corpiño de raso, con aldetas pequeñas, de donde salen unas agujetas de azabache. La parte superior del corpiño es semi-escotada y va guarnecida de blanco. Mangas semi-largas, guarnecidas de encaje negro. Por detrás el cor-



27 y 28.—Cepi de soirée. Espalda y delantero.



22.—Lazo de corbata.

piño forma dos puntas largas, terminadas en una agujeta de azabache.

DOS PALABRAS

SOBRE LAS MUJERES QUE MATAN.

¿Quién no se interesa por esas pobres mujeres que matan?

¡Son débiles, son inofensivas! Sólo la locura del dolor puede armar sus delicadas manos y dar fuerza a sus brazos para clavar un puñal ó disparar una pistola sobre el mismo que las condena á una muerte mucho más cruel que la instantánea.

Los hechos se suceden; el es-



24.—Sombrero capota.



26.—Sombrero para señora de edad.



20.—Traje de luto.



31 y 32.—Traje negro para teatro y soirée. Delantero y espalda.



29.—Traje de cachemir y moaré. Delantero.

Sombrero calesín. — Núm. 23.

De azabache, sobre fondo de raso negro, adornado de tres plumas color de oro antiguo. Bridas de terciopelo negro.

Sombrero capota. — Núm. 24.

De felpa beige fruncida, con cenefa de raso color de rosa fruncido. Plumas beige. Bridas de felpa color beige, guarnecidas de raso color de rosa.

Sombrero forma María Luisa. — Núm. 25.

Es de terciopelo color masilla, y va guarnecido de moaré y plumas del mismo color.

Sombrero para señora de edad. Núm. 26.

Este sombrero es de encaje español color marfil y terciopelo granate, y va guarnecido de rosas de raso y terciopelo granate.

Corpiño de soirée. — Nums. 27 y 28.

Este corpiño es de raso ó terciopelo negro, y va guarnecido de bordado negro calado. El corpiño, en punta, va escotado en cuadro, abrochado por delante y rodeado de un bordado formando punta. Las mangas son enteramente de bordado, semi-largas y adornadas de un lazo de raso.

Traje de cachemir y moaré. Nums. 29 y 30.

De cachemir y moaré de seda azul océano. Falda de seda lisa, con pliegues planos. Falda de moaré de

píritu de venganza se propaga rápidamente en los corazones femeniles, y el número de vengadoras crece cada día.

Mientras esto sucede en unos países, en otros la mujer sufre el contagio de los odios políticos, se arma del puñal del asesino, pronuncia discursos abominables, que, si no provocaran el ridículo, engendraran el encono; y saliendo, por decirlo así, de su propia naturaleza, predica el crimen, ultraja la única religion que la ha ennoblecido, y ejercita su ingenio en inventar blasfemias por halagar las mezquinas pasiones de los seres más abyectos de la sociedad.

Otras, no tan extraviadas, aunque demasiado ilusas, sueñan con dedicarse á las ciencias, suponiendo que en ellas pueden encontrar el fin para que fueron creadas, y divagan sobre la emancipacion absurda. Unas y otras se olvidan de lo que son, se olvidan de lo que valen, se olvidan de su pasado y de su porvenir.

Filósofos, historiadores, eruditos; de todos vosotros puede prescindirse, que para todos los males que aquejan á la humanidad femenina, y aun para sus glorias, es seguro que puede hallarse remedio en la sencilla, en la sublime, en la divina doctrina cristiana. Esta nos dice que Dios hizo á la mujer compañera del hombre.

¿Comprende la mujer todo lo que significa esta palabra?

No es compañera la que no tiene influencia moral sobre el hombre; no lo es la que se procura una vida

aparte de su mision conyugal, ni es digna compañera del hombre la mujer frívola que de nada serio se ocupa; la que no puede sostenerle con sus prudentes consejos en las luchas de la vida; la que no estudia asiduamente para combatir sus defectos y alentar sus virtudes. ¿Es esto un imposible? No; porque, admitiendo que no puede existir compañerismo sin afecto profundo, hay que convenir en que ese afecto ilustra, guía y ayuda á resolver los difíciles problemas de la vida práctica.

Habiendo Dios formado á la mujer para compañera del hombre, es natural que el primer deber de la mujer sea hacerse estimar del hombre.

Y siendo la mujer débil y delicada, ¿por qué otra cosa se hará estimar sino por su virtud, por su discrecion, por su bondad, por todas esas amables virtudes que guarda en su corazon y que la frivolidad de las costumbres no deja desarrollar? ¿Qué influencia no tiene una madre sobre el corazon de su hijo, de ese corazon dócil, que ella puede dirigir; de ese terreno generoso, donde pueden germinar y desarrollarse todas las virtudes si se cultivan con empeño! ¿Qué arma poderosa puso Dios en las manos de la mujer al darle esa influencia absoluta, ese poder ilimitado para dominar y dirigir á sus hijos! ¿Por qué, pues, no lo aprovecha para grabar en ese corazon todo lo noble, todo lo grande, todo lo generoso, y especialmente el respeto á su propio sexo?

En mengua de la mujer son los crímenes de los hombres, pues por un abandono reprehensible no forman para las grandes virtudes á los que un día estuvieron bajo su dominio y direccion.

Los que la hablan de ciencia la engañan; los que de emancipacion, la extravían. Sus tesoros no explotados están en la bondad de su corazon, en su tendencia natural á todo lo elevado, noble y generoso, porque todo eso es una manifestacion de amor á la virtud. Instrúyase á la mujer, pero instrúyase para enseñarla su verdadera mision, pues el cumplimiento de su deber ha de ser su única defensa. El divorcio amenaza su reinado, pero inútilmente; porque en las doctrinas cristianas tiene su salvacion; en esas doctrinas que la han elevado, que la han dado el lugar que hoy ocupa y que debe estudiar y practicar con preferencia á todas las teorías con que se pretende fascinarla.

F. S. DE MENA.

## LA VIDA REAL.

### APUNTES PARA UN LIBRO.

V.

Mariana á Roberto.

Madrid, Agosto de 1876.

**C**OMO al hermano mayor de mi marido, y por tanto, como al jefe de la familia, te anuncio que voy á entablar la demanda de divorcio; tengo la seguridad de que Diego sostiene relaciones con otra mujer, y mi orgullo, ya que no mi corazon, ha recibido con esta certeza una herida incurable.

Porque no es mi corazon el que se queja y llora: este corazon hace ya largo tiempo que no da abrigo á la imágen de Diego; cuando me marché á Sevilla y al lado de mi tia, yo no amaba ya al que habia elegido para compañero de mi vida, amargándola él para siempre: tus consejos, Roberto, y los de Valentina nos reunieron, pero no pudieron unir nuestras almas ni poner de acuerdo nuestros pensamientos; cuando el primer grano de arena cae en el lago azul del matrimonio, queda enturbiado para siempre, y en el nuestro han caido ya formidables montañas, que lo han llenado de sombras eternas.

Ya ves que me he vuelto un poco culta y que no soy ya la pobre y vulgar mujer á la que todos mirabais con desden; verdad es que no posea, ni poseeré jamás, el talento encantador de Valentina; en cambio, era cándida como una niña, y ahora creo que me he vuelto falsa y cruel; estoy ofendida é irritada; la sed de la venganza me devora, y perderé á mis hijos sin dolor, si es que la ley me los arrebatara, sólo por vengarme de su padre.

Todavía no sé quién es la cómplice de su infidelidad: vagamente me han informado de que es una muchacha soltera, bien nacida y que vive con su madre.... ¡Bien nacida! ¡El mal toma en nuestros días proporciones asombrosas, y va invadiendo hasta las regiones que ántes le eran más inaccesibles!

Empezaré cubriendo de un baldón imborrable la frente de la madre y la de la hija: tener relaciones de amor con un hombre casado es mortal para una jóven, y más terrible aún para su familia; pero en la culpa irá el castigo, y pagará el atentar á mi reposo, ya que no sea á mi felicidad.

No creas, Roberto, que mi cólera y mi deseo de venganza sean ya un misterio para tu hermano: habiendo sabido por una amiga que mi marido pasaba con mucha frecuencia por la calle en que ella vive, y que casi siempre le esperaba en el balcón cierta jóven vecina, empecé á sospechar, y le observé con cuidado, cerciorándome pronto de que no sólo estaba distraído, sino profunda y tristemente preocupado; caía de repente en distracciones extrañas, suspiraba durmiendo, y dejaba escapar entre sollozos el nombre de *Lucia*.... Una mañana de la semana que hoy espíra entré de repente en su cuarto, me senté con aire resuelto, y sin más preámbulo le dije:

—Diego, tú me engañas.

Estaba sin duda en uno de esos periodos de desaliento y de sombras, porque alzó los ojos, cargados por el insomnio, del papel donde escribía, los fijó en mi semblante, y no contestó nada.

—Todos los días pasas por la calle de Hortaleza, hacia el número 90: ¿no es verdad?

—Podrá ser—repuso sordamente;—¿y qué?

—¿Qué al pasar por allí es para ver á una persona.... á una mujer....

El silencio contestó sólo á estas palabras.

—Habla, le dije; defiéndete de mis sospechas ó dime la verdad.

—Pues bien, Mariana—repuso con acento casi humilde y que levantó en mi alma todas las tempestades de la cólera;—la verdad es que ha nacido en mi corazon un sentimiento nuevo y poderoso....; la verdad es....

—¡Acaba!

—¡Mariana, piensa en tí, en nuestros hijos! Sé indulgente, y espera sin quejas y sin cólera á que pueda dominar este sentimiento; yo lo conseguiré, te lo prometo; se trata sólo de tener un poco de paciencia: ¿qué quieres? El alma tiene sus nublados y sus borrascas, sus días de sol ó de tormenta.... Yo vi á esa jóven por una casualidad....; la vi y la amé por un impulso irresistible....; la simpatía no depende de la voluntad. Mariana, tú eras entonces ágría, desdeñosa para mí, vulgar, descuidada para todo.... mi alma estaba sola.... ¡ah Mariana! ¡Si supierais las mujeres hasta qué extremo se halla entre vuestras manos la dicha de vuestros esposos! ¡Hasta qué punto podeis ser los ángeles ó los demonios del hogar!

Con tanto asombro como cólera vi gotas de llanto en los ojos de mi marido: ¡hasta qué extremo le ha cautivado, pues, esa mujer, que así procuraba desarmar mi cólera para que á ella no la hiriese! Dominada por el enojo, me levanté exclamando:

—¡Yo sabré hallar á la cómplice de tus devaneos, y le haré sentir el castigo que merece! En cuanto á nosotros....

—¡Mariana—repuso Diego con las manos juntas—ten calma, ten prudencia! Si alguna vez me has amado, ten piedad de mí, de mis hijos, de tí misma....; yo me curaré de esta dolencia moral; yo no quiero separarme de tí, porque adoro á mis hijos....; pregunta á mi hermano si no le he escrito mi firme resolucion de vivir siempre á tu lado; imítame, y seamos á la vista del mundo lo que debemos ser.

Sin contestarle salí del gabinete, y así que la cólera me dió lugar para reflexionar, escribí á Valentina, que se halla con sus hijos en la posesion de una amiga suya, cerca de Toledo; pero su respuesta se hace esperar, puesto que aún no la he recibido.

No hagas que suceda lo mismo con la tuya, Roberto; dime si tú, que eres el jefe de la familia, influirás con tu hermano para que me dé á mis hijos, y además una crecida pension de alimentos, hasta que las leyes me devuelvan una parte de mis bienes; creo que te pondrás del lado de la justicia y que te inspirará lástima mi suerte.

Desde el día de nuestra conversacion no he vuelto á ver á Diego; comemos á distintas horas, y cuando él llega por la noche, ya estoy yo encerrada en mi cuarto.—Abraza á Cecilia en nombre de tu hermana—*Mariana*.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

## JUEGOS DE PRENDAS.

**Q**UIÉN no ha jugado! ¡Quién no ha sido niño! —exclamaba un Ministro de Fomento, dirigiéndose al auditorio, en la apertura de una vía férrea.

Los juegos de prendas representan para nosotros una época histórica completa. En estos meses del año, cuando el sol asoma la fisonomia risueña y parece como que nos dice: «Diviértanse VV., mamarrachos, que yo los alumbraré, en este tiempo es cuando se organizan los *días de campo*; y ustedes perdonen la manera de decir; pero así los denomina la gente.

Un *día de campo*, ó, hablando con propiedad, un día en el campo, entre muchachas bonitas, alegres, juguetonas, casaderas, honestas y sensibles; entre jóvenes machos (esto, porque no se diga que es egoísmo no contar con ellos), decididos y dispuestos para una broma; entre respetables señoras jamonas y señores ídem, y rodeados de cestos repletos de comestibles y botellas *ahitas* de vino puro, si acaso puede ser puro el vino que se halla al alcance de todas las capacidades rentísticas, es un día grande.

¿Qué es ver los preparativos de la familia iniciadora del banquete al aire libre, ocupada desde la vispera en arreglar, guisar, condimentar y empaquetar los cabritos propiciatorios, las gallinas inconscientes, las chuletas humildes y la ensalada prescrita para estos casos por los santos padres y por los santos abuelos?

Desde la quincena anterior se han repartido las invitaciones á los amigos, aunque verbalmente y prescindiendo de la fórmula: «La familia Tal recibe tal día en....», porque recibir en campo abierto ó al aire libre no se usa más que en tauromaquia.

La vispera del suceso las familias invitadas y la que convida, con pretexto de festejar el cumpleaños de una pollita, ó del señor mayor de la casa, ni duermen ni descansan.

Las muchachas piensan en el baile campestre con que termina indefectiblemente la fiesta.

Los muchachos piensan en ellas, y algunos presienten una pasion tambien campestre.

En el campo se trata la gente con más franqueza que en la poblacion: los salones no se prestan como los árboles á cobijar á todas las clases sociales.

Los más respetables se prestan á servir de intermediarios para los amantes tímidos.

El día llega, y la comitiva, empaquetada en ómnibus *ad hoc*, los más capaces que encuentra el anfitrión, parte para el Vivero ó para otro sitio cualquiera.

Las banastas con el comestible van en la vaca de un ómnibus.

A los glotones parecen los minutos días naturales; para los novios y aspirantes á novio la distancia desde Madrid al sitio de la ejecucion es corta.

¡Dentro de un carruaje, con las piernas juntitas, se van tan bien!

¡Qué ensalada de piés se forma en el fondo del coche!

¡Zapatitos bajos y zapatillas suizas; botitos de becerro

mate y botinas de chagrin! Un verdadero problema filosófico de obra prima.

Los carruajes se detienen: los convidados saltan en tierra.

Alguna convidada permite adivinar una pantorrilla.

—¡Ay!—gritan algunas amigas de la descuidada jóven.

—¡Cuidado con las banastas!—observa el pagano.

—Y el vino particularmente—añade un caballero *curda* del porvenir.

—Vén, Juanita, vamos á inspeccionar el campo—dice una jóven, asiendo del brazo á otra, para que la acompañe en un paseo de *circulacion* por los bosques *sabajes* que rodean aquel panorama.

—Vamos á construir un fogon para calentar los cabritos.

—Nosotros, á recoger ramias para la combustion.

—Joaquinito, usted aquí; ayúdeme á destapar botellas y á la confeccion del postre.

—No tiene mucho que hacer: *pelar* naranjas.

—¡Pelar!

—Hablo en sentido figurado.

Cuando ya está instalada la tribu y todo en orden, se piensa en un juego general.

—Un juego de prendas.

—Sí.

—Yo le pondré—propone un jóven audaz.

—¡Bueno, bueno!

Todos los concurrentes se sientan en el fresco suelo y forman corro.

El jóven gracioso empieza, dirigiéndose á una pollita que tiene á su derecha:

—De la Habana ha venido un barco cargado de....

La muchacha ha de responder en seguida y sin titubear; de lo contrario, paga una prenda.

—De negritos,—responde.

—Muy bien.

—¡Qué pícara y qué lista es!—exclama su mamá;—qué pronto se le han ocurrido los negritos.

La niña repite á su vez lo «de la Habana....», y el juego continúa.

—A sentenciar las prendas, para comer en seguida.

—Sí, sí, á sentenciar.

—Yo soy la madre (esto es, la depositaria de las prendas),—grita una jóven romántica.

—Bueno.

—¿Qué sentencia da V.—pregunta á un caballero militar retirado—para la prenda que tengo en la mano?

—¿Yo? Cuatro tiros.

—¿Eh?

—¡Ah! dispense V.; no.... me he distraído: que diga tres veces *si* y tres veces *no*.

Empiezan las preguntas.

Si el sentenciado es varon, las muchachas reunidas se consultan en voz baja, mientras el sentenciado espera el fallo detras de un árbol.

—¿Eh?—le preguntan á voces.

—*Si ó no*—responde él.

Esto se repite hasta seis veces, en las cuales le han preguntado al mozo si es tonto, y ha respondido que *si*; si quiere ser persona, y ha dicho que *no*, y si se propone tirar del tranvía, y contesta afirmativamente.

Estas y otras lindezas por el estilo.

Cuando la sentenciada es hembra, los consultores son los hombres.

En este caso no se publican las preguntas: son de pronóstico reservado.

Llega el momento de la comida, y despues.... los horrores de la digestion.

Hay juegos de más movimiento, como *las cuatro esquinas*, el *escondite* y otros.

Hay baile con orquesta de ciegos *extramuros*, y hay jóvenes que se indisponen con la marcha política de la bebida.

Y suele haber *bofetás*.

Pero pregunten VV. á cualquiera de los que regresan del campo, y dirán si se han divertido.

Sobre todo, con los juegos de prendas.

¡Ah!

EDUARDO DE PALACIO.

## LAS DOS RUEDAS.

**C**OMO cada individuo tiene sus costumbres adquiridas en este revoltoso centro, cada día más incomprendible, que se llama sociedad, yo tengo tambien las mías, es decir, mis costumbres; costumbres que cualquiera podría tomar por caprichos.

Yo soy extremadamente aficionado á dormir mucho por las tardes. Esto nada le importará á la mayor parte de mis lectores. Pero, sin embargo, como no soy el primero en traer á colacion muchas tonterías, porque en este siglo, en que tanto se escribe, es preciso llenar con *algo* innumerables vacíos, hé aqui por qué yo he querido hablar de mi sueño vespertino.

Hace algunas tardes acababa de despertarme tranquilamente, despues de haber soñado con una mujer, cuyo recuerdo ilumina los negros horizontes de mi ausencia.

Abri una de las ventanas de mi humilde habitacion, y en medio de la calle gritaban desafortadamente multitud de niñas pequeñuelas, que, formadas en numeroso círculo, se movian dando rapidísimas vueltas al rededor de otra jovencilla como de diez ó doce años. Esta niña era rubia, de boquita pequeña, de diminutos piés, de talle que prometia, y de ojos.... no, de los ojos no podré decir una palabra, porque los tenía vendados.

De vez en cuando aplicaba una varita pequeña al oido de cualquiera de sus revoltosas secuestradas. «¡Pis....!» murmuraba, poniéndose la varilla en los labios. «¡Pis....!» contestaba la otra, y.... «¡Ande, ande la rueda!» replicaban todas las demas, porque la jóven ciegucecilla no habia acertado el nombre de su amiga.

Esta sencilla diversion, como nuestros lectores comprenderán, no dejaba de tener cierto atractivo para el que la contemplaba despues de un sueño agradable y luchando

aún con esa pereza y ese entorpecimiento de los sentidos en el cual se encuentra todo el que acaba de dormir.

Yo fijé mis ojos, como extasiado, en aquel grupo infantil, compuesto de sonrisas, de miradas cariñosas, de pueriles emociones, que son el símbolo de la niñez, y me puse á reflexionar sobre aquella rueda, que seguía andando, y andando como una máquina de inocentes juegos.

¡La inocencia! La inocencia parece que no podía estar allí, en aquella casa que daba tantas vueltas y que tanta semejanza tiene con el mundo.

Si; el mundo indudablemente es la rueda.

Aquella niña descuidada, que, con los ojos vendados, se afana por conocer á una de las otras niñas, es el hombre, el hombre, que, con la venda en los ojos también, se lanza en medio de la gran rueda del mundo, llamando en todos los corazones y escuchando la eterna voz que le grita como el eco de *El Judío Errante*: «Ande la rueda, ande la rueda, que no acertó.»

La rueda de las muchachas no dejaba de moverse. Ni los *clowns* del Circo de Price han saltado nunca más que aquella numerosa pléyade de graciosas jóvenes.

De pronto, y cuando más descuidadas estaban las delicadas *parvulitas*, se oyeron en la calle los gritos de una mujer, que lloraba con toda la amargura de la desesperación.

Aquella mujer era una madre, una madre que acababa de perder repentinamente al compañero de sus días, y buscaba á la hija de su corazón para que juntas le llorasen.

La pobre hija era justamente la que tenía los ojos vendados en medio del alegre círculo.

—¡Clotilde, Clotilde!—gritaba la desgraciada mujer al divisar el grupo de niñas.—¡Clotilde! ¿dónde estás?

—Allí—le respondió una torpe anciana, que no comprendía las lágrimas de la madre.

—Allí tienes á tu hija, la del pañuelo blanco, la que está riéndose porque no acierta el nombre de sus compañeras.

La inconsolable esposa se precipitó hacia el festivo rondel, y la varilla de su hija fué á colocarse maquinalmente en los hombros de la madre. «Pis.....!», murmuró la pobre niña, y una voz descompuesta por la terrible vibración de la amargura: «Vén—le dijo—vén á llorar sobre el cadáver de tu padre, de tu padre, que ha muerto sin el consuelo de besar tus labios por última vez.»

Y aquellos ojos inocentes, que se habían encerrado entre los pliegues de un pañuelo, llenos de serenidad y de alegría, volvieron á descubrirse para fijarse, coronados de lágrimas, en los ojos de una madre desesperada.

La rueda se deshizo, como se deshace una bandada de colorines cuando el astuto cazador mata á uno de ellos.

La niña era muy joven; pero amaba á su padre con toda la locura de sus primeros años, y aquella muerte repentina hirió terriblemente su corazón, virgen todavía.

Sus compañeras trataron de consolarla; pero todo era inútil.

El juego ha concluido con el llanto, y la calle se ha quedado desierta, porque todos siguen á la madre y á la hija.

Yo cerré la ventana de mi habitación, y procuraba en vano olvidar aquella escena misteriosa de aquella tarde triste; aquel círculo divertido de risas y de alegría, y por último, aquella niña vendada, que, en un *abrir y cerrar de ojos*, había perdido á su padre.

Procuré entablar una conversacion muda con mi espejo, y luego, siguiendo mi costumbre, me salí á tomar el fresco por los alrededores de la Fuente Castellana, no sin haberme dado ántes mi bañito de Prado.

Creo inoportuno advertir que á todos mis amigos les iba refiriendo lo que había visto desde mi ventana, y que todos se confundían al meditar sobre el lamentable resultado de aquella rueda juvenil.

Pero, sin embargo, como todas las cosas, pequeñas y grandes, han de tener su antídoto en este mundo, no paró en esto la escena de que venimos hablando.

Á los pocos días me salí otra vez á mi ventana, casi á la misma hora de aquella tarde.

Un ruido de músicas fúnebres se escuchaba á lo lejos, y no dejaba de llamar mi atención. El ruido se aproximaba, y entonces oí decir á una vecina mía:

«Oye, mamá; es el entierro de la *gallinita ciega*; de aquella pobre niña tan mona, que jugaba la otra tarde, con los ojos vendados, frente de nuestros balcones. Ha muerto sin que se pueda adivinar la causa, y dicen que en sus últimos momentos llamaba mucho á su padre. Mirala, allí viene.»

Efectivamente, en medio del mismo círculo de niñas de aquella tarde vi aparecer una cajita blanca como las mejillas de la difunta, que se sonreía con la sonrisa de un ángel.

Aquella rueda de animacion, de regocijo y de alegría se ha trocado en la rueda del sentimiento y de las lágrimas.

¡Ayer, la rueda al rededor de la vida!

¡Hoy, la misma rueda al rededor de la muerte!

Parece que la vida y la muerte son dos ruedas que casi nunca se separan.

Yo, despues de lo que había visto, me encerré en mi habitación, y aquí teneis, lectores queridísimos, los apuntes de mis meditaciones.

¿No es verdad que son dos ruedas dignas de llamar la atencion?

E. DE LUSTONÓ.

## UNA LECCION DE MUNDO.

(CONTINUACION.)

IV.

Ocho días despues de este suceso, en una casita inglesa, situada á unos mil metros de la de Doña Angela, quedaba instalado un joven de la buena sociedad madrileña, acompañado de un criado, de un par de hermosos caballos y de un magnífico perro de Terranova.

Este nuevo inquilino no era otro que el elegante jinete que había cruzado su mirada de fuego con la mirada de Clotilde, en el camino de Madrid, pocos días ántes.

Como Clotilde, también él sintió en el corazón una im-

presion extraña y avasalladora, que le arrastraba con irresistible atraccion hacia aquella espléndida belleza, oculta en el fondo de un pueblecillo, como la perla en su concha nacarada.

Acostumbrado, mejor dicho, avezado á aventuras amorosas y lances novelescos, nuestro héroe era uno de esos jóvenes que nada niegan á los caprichos de su voluntad, cualesquiera que sean los obstáculos que haya que vencer.

Hijo de una familia bien acomodada y distinguida, hacia ya tiempo que vivía independientemente y libre por completo; pues, huérfano de padres, y sin otro pariente próximo que un hermano mayor, miraba á éste con cariño fraternal, pero se reía de los consejos que le daba con la prudencia y la discrecion de un viejo; así que, su voluntad era su única ley, y su capricho la única norma á que creía conveniente ajustar su conducta.

Gozaba de gran partido entre las mujeres en Madrid, y era el terror de los maridos, algunos de los que más de una vez le habían proporcionado serios sustos y aún algo más, de lo cual daban testimonio dos cicatrices que en el pecho y en el brazo izquierdo, respectivamente, llevaba.

Ver á Clotilde y sentir el deseo de conquistar su amor, fué para él una misma cosa.

Poco acostumbrado á sufrir contrariedades, y con una imaginacion fecundísima en recursos, ya por natural instinto, ya por el conocimiento de cosas y personas, que la experiencia le había proporcionado, se dijo al punto que aquella mujer sería suya.

Pero para esto necesitaba tener algunos datos respecto de ella, que le permitiesen más ó menos pronto, y más ó menos directamente, poder llegar hasta ella y entablar, cuando ménos, relaciones de cortesía con la familia á que perteneciera.

Puso al paso su caballo en dirección á Fuencarral, á donde ningun otro objeto que el de dar un paseo le había llevado, y empezó á combinar su plan de investigacion con el certero golpe de vista que le era característico.

Media hora despues, y gracias al poderoso auxilio de una moneda de oro que había sabido deslizar oportunamente en la mano de una buena mujer del pueblo, el atrevido galán poseía todas las noticias necesarias á sus fines, y regresaba á Madrid á todo el galop de su caballo, pensando en Clotilde y acariciando allá en los espacios imaginarios de su fantasia todo un plan de campaña para la que ideaba emprender, sin pérdida de tiempo, hasta lograr captarse las simpatías del nuevo idolo á quien empezaba á rendir fervoroso culto.

A los cuatro días firmaba el contrato de alquiler con el propietario de la casita inglesa de que hemos hablado, que estaba para alquilar hacia algun tiempo, al cual entregaba por adelantado la renta de seis meses; y otros cuatro despues quedaba instalado en ella, como hemos dicho, bajo el nombre de Roberto de Cumbres-Altas, que por cierto no era el suyo, pues un exceso de prudencia le había hecho adoptar esa medida de precaucion, con la mayor confianza de no ser descubierto, seguro como estaba de que no existía en el pueblo ninguna otra familia madrileña que D.<sup>a</sup> Angela y sus hijas, quienes, ademas, vivían por completo apartadas de todo trato, para evitarse molestias impertinentes.

El plan de ataque se planteaba así en toda regla.

Lo difícil en rigor era entablar relaciones con las vecinas, porque Roberto—llamémosle así, puesto que éste es el nombre con que se nos presenta—era hombre demasiado práctico para no malograr su plan con cualquier vulgar intemperancia, que le pusiera en ridiculo y le hiciera sospechoso desde el principio á las personas á quienes precisamente deseaba inspirar omnimoda confianza.

Era, pues, necesario dar riendas al tiempo y dejar que una ocasion propicia le facilitase el camino.

V.

El primer día y el segundo salió de paseo á caballo por mañana y tarde; y aunque se aventuró á cruzar por delante de casa de D.<sup>a</sup> Angela, todo fué inútil, pues no vió á nadie absolutamente.

Cabalmente esta señora se hallaba en cama aquellos días, molestada por una indisposicion que, aunque leve, la había retenido en el lecho, y Clotilde y Pepita no se separaban de su lado en todo el día.

Así pasaron cuatro días, y ya Roberto empezaba á fastidiarse, cuando una inesperada casualidad vino á favorecerle.

Doña Angela, ya casi enteramente aliviada, quiso salir una mañana á respirar la brisa matutina; y al efecto, cuando apenas despuntaba el sol, madre é hijas, modestamente ataviadas con una sencilla *matinée*, abandonaban su residencia y se dirigían, al acaso, por el camino donde estaba situada la casita inglesa que habitaba Roberto, bien ajenas de que allí había puesto su nido el halcon que acechaba á las inocentes palomas.

Tranquilas y alegres caminaban las tres, cuando al pasar por delante del jardín de Roberto, cuya verja se hallaba ya abierta, el perro, que el criado acababa de soltar para que corriera un rato por los alrededores, empezó á ladrar bruscamente, poniéndose en actitud amenazadora en medio del camino.

Las pobres señoras, que no contaban con el encuentro de aquel paseante tan descortés, comenzaron á temblar y á dar gritos, llenas de miedo, no atreviéndose á moverse, temiendo que el airado animal las embistiese, y que acaso estuviera atacado de hidrofobia, dada la estacion en que se estaba y los grandes calores que se sentían. Pepita, sobre todo, como niña que era aún, se vió acometida de un fuerte temblor nervioso, efecto del inesperado susto.

A sus voces de angustia acudió en seguida el criado para sujetar al perro, y tras él apareció Roberto, que en aquel momento se disponía á salir á caballo, y que se apresuró á dar sus excusas á las acongojadas señoras.

Fácil es juzgar la sorpresa que experimentaría al reconocer en ellas á las vecinas cuyo encuentro tan vivamente anhelaba.

Palpitante de emocion, las pidió mil perdones por el disgusto que una imprudencia de su criado las acababa de pro-

porcionar, y las rogó que descansasen unos momentos al ménos en el jardín, interin su ayuda de cámara las servía unos vasos de agua azucarada, y él mismo las proporcionaba un frasco de sales inglesas, para calmar la agitacion nerviosa que experimentaban, y muy especialmente Pepita.

Era tan galante el ofrecimiento y tan insinuante la amabilidad del joven que lo hacia, que nuestras amigas, despues de agradecerse cordialmente, no pudieron ménos de aceptar, como cualquiera hubiera hecho en iguales circunstancias, y con mayor razon en el campo, donde la familiaridad y la confianza reemplazan pronto á los enfadosos cumplimientos de la etiqueta cortesana.

No era, ademas, ocasion de rechazar un auxilio que realmente necesitaban en aquel momento todas tres.

VI.

Atravesaron, pues, la verja del jardín madre é hijas, llevando Clotilde del brazo á su hermana, fuertemente impresionada aún, y tomaron asiento en un banco rústico que á la misma entrada había, mientras que Roberto corria presuroso en busca del frasco de las sales, que dos minutos despues aspiraban con fruicion y hacían aspirar repetidamente á Pepita, interin que poco á poco desaparecía la agitacion y recobraba su habitual calma la encantadora niña.

No necesitamos decir que desde el primer instante Clotilde había reconocido, con sorpresa, al apuesto joven cuya mirada tan profunda impresion la había causado doce días ántes, cuando pasó á caballo junto á ella en el camino de Madrid. Al reconocerle sintió como que una nube cruzaba por sus ojos y que sus piernas vacilaban, y poco faltó para que lanzara un grito: tal había sido el efecto que la produjera el volverse á encontrar frente á frente con aquel hombre, cuya imagen palpitaba en su cerebro como un recuerdo inextinguible, y á quien, á decir verdad, no esperaba ella volver á encontrar tan pronto en su camino.

Sus miradas tornaron á cruzarse con la impetuosa mirada de Roberto, que la perseguía á la más leve distraccion de D.<sup>a</sup> Angela y de Pepita, pero que, bastante dueño de sí mismo, sabía ocultar su emocion y prodigarse por igual con todas tres, con tanto más motivo, cuanto que rápidamente comprendió el efecto que su inesperada presencia había operado en el alma de Clotilde, virgen hasta entónces á esas primeras impresiones del amor, que tan fácilmente sabe sorprender el ojo del observador experimentado en tales lides.

Repuestas del susto nuestras protagonistas, bien luego comenzaron las confianzas entre ellas y su galante caballero, que con suma habilidad supo hacer girar la conversacion sobre la estancia de unas y otro en aquel pueblo, felicitándose de haberlas podido ser útil la primera vez que se veían, y procurando sondear á la buena y amable mamá, que á su vez estaba encantada del finísimo trato, sencillez y distincion de aquel discreto joven, que tan complaciente se mostraba con unas señoras para él desconocidas.

Si su vista hubiera podido penetrar en el interior de Roberto, ¿de qué distinta manera le habría juzgado!

Pero las apariencias engañan con frecuencia en la sociedad, y muchas veces los pícaros pasan por unos cumplidos caballeros, mientras que más de un hombre honrado y más de una mujer dignísima son mirados de mal modo y tenidos en ménos, cuando no se les desprecia abiertamente y se les humilla con crueldad incomprensible.

Es verdad que Roberto vestía con elegancia irreprochable; se expresaba con facilidad y distincion; ostentaba una rica cadena de oro y una sortija con un soberbio brillante; tenía caballo y habitaba una linda casa de verano; y estas circunstancias son para muchas gentes títulos sobrados al aprecio y al respeto de la sociedad, que se paga mucho más de las exterioridades y de la corteza, por decirlo así, que de las cualidades morales del individuo.

En cuanto á Roberto, procuró pronto explicar de una manera verosímil y hasta interesante su permanencia en aquella especie de retiro.

—He tenido mucho gusto—les dijo—y ha sido para mí una honra señaladísima, en conocer á V., señora, y poder ponerme á sus órdenes y á las de estas encantadoras señoritas, de cuya incomparable hermosura puede V. estar orgullosa.

—Muchas gracias, caballero; es V. muy galante y complaciente, repuso D.<sup>a</sup> Angela, no sin experimentar viva satisfaccion por aquellos elogios.

—Y francamente—continuó él—me juzgaria feliz si alguna vez me permiten ofrecer á VV. mis respetos; porque, á la verdad, viviendo uno así aislado en un pueblecillo tan poco concurrido, temo empezar á aburrirme pronto, si no tengo con quién hablar más que mi ayuda de cámara, mis caballos y el perro que tanto les ha asustado á ustedes.

—¿Y hace mucho que vive V. aquí?—interrumpió doña Angela;—nosotras no nos habíamos apercebido de la presencia de V. en nuestra vecindad.

—No, señora; sólo cuatro días; y á fe que debe sorprenderles á VV. ver que aquí viva solo y retirado un hombre de mi edad y de mi carácter.

—No tiene nada de particular.

—Hasta cierto punto, sí, puesto que yo en realidad estoy aquí desterrado.

—¿Desterrado?—exclamó D.<sup>a</sup> Angela, un tanto sorprendida.

—¡Desterrado! ¿Qué querrá decir?—dijo para su interior Clotilde, con cierta curiosidad.

—Sí, señora, desterrado.... voluntariamente. Me explicaré.

Pocos días há estábamos en Madrid, en el Casino, una noche algunos amigos y yo, así como otros varios de los habituales concurrentes á aquel centro de recreo; se empezó á hablar de política, la cuestion palpitante del día; la conversacion se convirtió en discusión; se exaltaron algun tanto los ánimos; mediaron palabras un poco acaloradas entre otro, adversario mio político, y yo; un poco exacerbado y ofendido, le dirigí yo una frase bastante dura, aunque de sobra fundada; tuvo el mal gusto de levantar sobre mí su baston, pero no le di tiempo á que lo descargara; nos separaron los amigos, y.... ya comprenderá V. lo demás; á la

madrugada siguiente nos batimos, ante sus testigos y los míos, en la dehesa de Amanuel, y tuve el dolor inmenso de atravesarle el corazón de una estocada....

—¡Jesus!—exclamaron, asustadas, madre é hijas.

—Juro á VV. que ni remotamente tenía yo intención de matarle; pero era su estrella. Ciego de ira al ver que yo le paraba los golpes y no podía herirme, se arrojó sobre mí, tirándome una estocada á fondo; yo hurté el cuerpo, presentándole á la vez mi sable, y el desventurado cayó sobre él y se lo clavó de parte á parte; los dos nos desplomamos en tierra á la vez: él, muerto; yo, con un síncope, del cual tardé diez minutos en volver.

Por más que casos análogos suceden con frecuencia en nuestros días, aseguro á VV. que esta desgracia me oprime el corazón horriblemente.

CONSUELO DE ARAGON.

(Se continuará.)



Paris, 24 de Enero de 1882.

Se empiezan ya á recoger algunas nociones referentes á las telas que se llevarán la primavera próxima. El invierno es tan poco rigoroso, que estas novedades no parecerán prematuras.

Es absolutamente imposible el saber todavía cuáles serán las formas adoptadas. Las costureras confeccionan en este instante los primeros modelos, y estarán aun algun tiempo sin enseñarlos á nadie. Esto no obstante, se puede pronosticar que los plegados y las «telas arrugadas» recobrarán cierto favor, por la razon bien sencilla de que es difícil ejecutar con telas que tienen poca consistencia faldas enteramente lisas, como se hace con los tejidos gruesos y ricos. Sin embargo, los tableados se llevarán ménos, prefiriéndose los rizados, los pliegues en forma de abanicos vueltos y las bandas plegadas al traves. Prepáranse ademas muchos transparentes destinados á poner de relieve unas telas mates, recortadas sobre fondo claro y ligero, con lo cual se formarán las partes lisas y planas de los vestidos.

Se puede anunciar tambien desde ahora que las sedas delgadas y cuadrículadas, á cuadritos muy finos, serán llamadas á ocupar un puesto preferente entre las telas de la estacion; así como las sedas más ricas, de fondos claros, sobre las cuales irán estampadas flores de colores vivos, como rosas, claveles, dalias, etc. Esta clase de dibujos se reproducirá sobre las telas de lana y de algodón.

Como sedas de lujo, el lampazo y el damasco rameado estarán muy de moda; sin olvidar el moaré, que se llevará más que nunca. La faya tratará de insinuarse, pues se han fabricado partidas considerables de esta hermosa tela, que los trajes de invierno no han consumido. Verémos qué partido van á sacar las costureras de las fayas negras ó de color.

La mezcla de telas diferentes continuará á la órden del día: es una combinacion excelente desde el punto de vista de la economía y de la variedad infinita que permite dar al traje.

Se emplean actualmente muchas bandas hechas de felpilla, para casos muy diversos, como adornos de vestidos de calle, vestidos de baile, de banquete ó de *soirée*, ó bien en forma de capelina. No conozco nada más lindo, más vaporoso y que siente mejor que los tejidos de felpilla.

Se hacen las bandas á que me refiero de todos colores, y hasta de colores mezclados. Yo confieso mi preferencia por la uniformidad de color; banda de felpilla blanca sobre un vestido de raso blanco, ó de felpilla negra sobre un vestido de raso negro. La diferencia entre los reflejos mates de la felpilla y los reflejos mates del raso basta para establecer una oposicion armoniosa.

Una sola banda sirve para adornar un vestido. Sus dimensiones son de un metro 8 centímetros á 2 metros de largo por 50 centímetros de ancho. Lleva un fleco en tres de sus lados.

Como los vestidos de baile están á la órden del día, diré todo lo que sé sobre la materia. La tarlatana ha sido abandonada definitivamente, y se la ha reemplazado, por unanimidad, con el *velo de religiosa*, preciosa tela de lana, tan ligera como la tarlatana y mucho más flexible. En los vestidos de señoritas se combina en el velo con fular liso. Para señoritas jóvenes se reemplaza el fular con raso ó con gro surah.

Los trajes más lujosos para señoritas jóvenes comprenden, en su composicion, unas gasas bordadas con perlas (de imitacion).

Se forran estas gasas de tul grueso, á fin de sostenerlas, y se las emplea, ora en entrepaños, ora en delanteros de vestidos, que principian en el escote y llegan hasta el borde inferior. No es posible imaginar nada más elegante, sobre un traje todo blanco, que esos bordados, que caen sobre unos bullones de tul, mezclados de cintas dispuestas en una multitud de cocas largas.

He visto preparar un vestido de este género, hecho de raso blanco, cuyo delantero (corpiño y falda) iba bordado de arriba abajo. El vestido era por delante de forma princesa, y se fijaba en los costados, como una levita, sobre una escala de blonda blanca, mezclada de cocas de cinta de raso, salpicadas de perlas imitadas. Todo el resto de la falda iba cubierto de bullones y de volantes de tul, adornados de

cocas de cinta. El corpiño, tan bajo como un corselillo, iba completado con una camiseta ó cuerpo de blonda, sujeto al talle con un cordón de cuentas. Ni una flor en este traje: un collar de perlas, y perlas en los cabellos.

Las señoras que asisten á los bailes y toman parte activa en ellos llevan mucho el moaré mezclado con gasa, y el raso mezclado con tul.

Los damascos oro y raso se emplean mucho á guisa de bandas, de *paniers* y de adornos de corpiño sobre tules lisos ó laminados. Se emplean tambien muchas bandas de *crapon* de la China sobre raso, bandas de felpilla, con ó sin mezcla de perlas, y *redecillas* de felpilla sobre raso.

Estas *redecillas*, muy de moda este año, son de colores oscuros para trajes de calle, y de colores claros para vestidos de baile y *soirée*. En los *cruceros* de la red se pone un adorno de perlas. No hay nada más fácil de hacer que estas redes ó mallas de trencilla, para delanteros de vestido princesa, para entrepaños, ó bien como carteras ó volantes planos. Se hacen tambien de esta *redcilla paniers*, que se forran de raso, bandas, corpiños, corazas, y finalmente, salidas de baile. Los encajes empleados en los vestidos de baile son la blonda de Lyon y la blonda *matelassée*, hecha de seda.

V. DE CASTELFIDO.

## ¡LUCHA ETERNA!

(Á MI QUERIDO AMIGO JUAN DE LA CRUZ GARCÍA.)

Lo fácil y hacedero no me admira,  
Por mezquino y trivial;  
En cambio me seduce lo imposible,  
Lo que no he de lograr.

¿Tengo cerca la gloria?.... ¡No la quiero!  
¿Miro la gloria allí  
En la altura infinita?.... ¡Ya deseo  
Alas para subir!

Miro, rey orgulloso del espacio,  
Al astro abrasador;  
Y porque no le alcanzo, ya me agrada  
Y me seduce el sol.

¿Es alta la montaña?.... ¡Hasta la cumbre  
No ceso de trepar!  
¿Es vereda accesible?.... ¡La desprecio,  
Y ya no subo más!

Me cansa que unos ojos me prometan  
Lo que voy á pedir.  
¡Si quiere una mujer que la aborrezca,  
Que me diga que sí!

¿No me mira?... La sigo. ¿Me desprecia?....  
Es fomentador mi amor.  
¡Si quiere una mujer que yo la adore,  
Que me diga que no!

Triste beso que dan no llega al alma.  
¡Los besos han de ser  
Robados al descuido, entre rubores  
Y entre llanto cruel!

Una sonrisa es necia casi siempre.  
¡Un suspiro es mejor!  
¡Una lágrima vale toda un alma  
Y todo un corazón!

Sin lucha no hay victoria: lo más grande  
En guerra ha de brotar.  
¡Lucha impalpable son calor, sonido,  
Luz y electricidad!

Tiene el iman dos polos.... ¡De iman tengo  
Formado el corazón!  
¡Un extremo me arrastra hasta el abismo!....  
¡Otro me eleva á Dios!

Hasta en la roja sangre que circula  
Hay virtud y maldad:  
Dos corrientes distintas que se buscan,  
Venosa y arterial.

Tras de la noche, el día; tras la duda,  
El rayo de la fe....  
¡Siempre el duro contraste!.... ¡No hay más vida  
Que dudar y creer!

¡Qué mucho que en las guerras se destrocen  
Los hombres con horror,  
Cuando conmigo mismo lucha á muerte  
Tengo empeñada yo!

Nunca despierto me inspiró cariño  
Lo que soñando amé.  
¡En siendo realidad, me inspira tedio  
Hasta el mismo placer!

No sé ni dónde voy ni lo que quiero:  
De noche amo la luz,  
De día busco sombras.... y en el vicio  
Me encanta la virtud.

Lo imposible: la sed de lo infinito  
Hallan albergue en mí;  
¡La vida está en la lucha, y yo no quiero  
Dejar de combatir!

¡Existir es luchar!.... ¡En la batalla!  
Tengo un puesto de honor!....  
¡No te asusten contrarios; adelante!....  
¡Pelea, corazón!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

17 de Enero de 1882.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.678.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.<sup>a</sup> edición de lujo.)

PEINADOS DE BAILE.

Núm. 1. Peinado compuesto por delante de varios bandos sobrepuestos. En lo alto de la cabeza, dos plumitas azules, echadas una á la derecha y la otra á la izquierda. Por detras, en los bucles que componen el rodete, van salpicadas varias flores de diferentes matices.

Núm. 2. Los cabellos de delante van dispuestos en muchas ondas perpendiculares, que terminan sobre la frente en bucles muy ligeros. Flores de felpa color de cereza y plumas color de rosa pálido.

Núm. 3. Peinado empolvado, con *pouf* de felpa azul pálido y ramo de rosas.

Núm. 4. Bandos ondulados. En el lado izquierdo, una herradura de concha rubia. Una herradura tambien de concha, pero mayor, en el centro del rodete. En el lado izquierdo, una rama de capuchinas de varios matices.

Núm. 5. Cabellos cortados en forma de fleco por encima de la frente. En el lado izquierdo, dos rosas, una encarnada y otra de su color. Clavadas en los cabellos, dos herraduras de concha rubia con clavos de diamante.

## PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Las *tournures* de la casa de Plument (33, rue Vivienne, Paris) son extremadamente graciosas; citaremos la *tournure* Enrique III, de pequeñas proporciones, hecha de crin; la Dubarry, con cuatro volantes sobrepuestos, guardados de encaje: los aceros acusan la forma de un *pouf* más ó ménos desarrollado, segun que la lazada interior, que pasa por los ojete, está más ó ménos apretada. Tambien es de mencionar la *tournure* Parabère, bastante larga, con armazon de acero y tres volantes en lo bajo; el *trotteur*, como lo indica su nombre, es una enagua interior, destinada al traje de calle: el delantero es liso, y por detras lleva cinco volantes. Por el borde está adornado con tres franjas de bordado y un entredos; se monta en un alto cinturón.

Pídase á la casa de Plument su *Boletin-guia*, que contiene los diferentes modelos de *corsés*, *tournures* y enaguas interiores, adaptadas á toda clase de *toilettes*: dicha casa lo envia franqueado.

Hay muchas personas constantemente ocupadas en buscar medios para impedir la caída de los cabellos ó para hacerlos crecer. La eficacia del *agua de los Pirineos* está afirmada por experiencias decisivas: puesto que el cabello está considerado como una planta, necesita de un rocío fecundante para alimentarla ó vivificarla, si se marchita. El *agua de los Pirineos* llena estas funciones, humedeciendo la raíz e infiltrándose en el tubo capilar; tambien detiene la caída de los cabellos desde las primeras fricciones; les da fuerza y vigor, los hace más suaves, más ondulantes y facilita su crecimiento. El frasco cuesta 10 pesetas en la Oficina Higiénica, 14, boulevard Poissonniere, Paris.

La PERFUMERÍA ESPECIAL DE LACTEINA, recomendada por las notabilidades medicales de Paris, ha valido, en la Exposicion Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Enghien, en Paris, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro.

## GEROGLÍFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.<sup>a</sup> (16, rue Suger, Paris).



*Levy imp Paris.*

Nº 1678

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12pral

MADRID



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA